

cían de tamaña gracia? Ya que sin rubor os protestáis fervientes católicos y devotos adoradores de la silla de Pedro, ¿estáis dispuestos á tender el brazo á vuestros hermanos descarriados, y hacerlos partícipes de vuestra religión, de vuestra piedad, de vuestra fortaleza?

SEGUNDA PARTE.

No os es desconocida la parábola del Evangelio, en que el rico señor distribuye su hacienda entre sus criados, y á quién dá cinco talentos; á quién dos; á quién no encomienda sino uno solo.¹ *Uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum.* Párte á lejanas tierras; y entretanto, los siervos conoedores todos del valor inmenso que les deja, se esfuerzan sin excepción alguna en conservarlo íntegro hasta la vuelta de su dueño. El uno, neciamente temeroso de perderlo, lo esconde en las entrañas de la tierra; los otros, sin exponerse temerariamente á peligrosas negociaciones, no se contentan con presentar á su Señor la suma única que han recibido, y trabajan asiduamente hasta que duplican su precio. Este es nuestro deber, Hermanos míos, si queremos oír de la boca del Salvador las consoladoras palabras: Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor. *Euge, serve bone et fidelis, quia in pauca fuisti fidelis super multa te constituam: intra in gaudium Domini tui.*

¹ Math. cap. XXV.

Desgraciados de nosotros si nos contentamos con tener guardada en nuestros pechos la Fé y la Religión que por misericordia de Dios hemos recibido, y dejamos sin socorro á la multitud inmensa que camina á grandes pasos hacia el abismo, y cuya salvación depende tal vez de un pequeño sacrificio de nuestra parte. Los modernos civilizadores pretenden que escondamos nuestro tesoro, y dejemos á cada uno seguir la senda que más le agradare. ¡Insensatos! que más bien que trabajar un poco y sufrir un poco en esta vida prefieren ser después arrojados á las tinieblas exteriores, como el mal siervo del Evangelio. ¡Insensatos! que no cesan de echar en cara á los hijos de España el haber sido demasiado activos y celosos por la gloria de Dios y la propagación de la Fé. Cuando oigamos, á estos áspides venenosos, no nos avergoncemos de semejante tacha; que antes bien forma nuestro más ilustre blasón. España, es verdad, ya no puede jactarse, cual en otro tiempo, de que el sol no se pone en sus dominios; pero puede gloriarse, y con mucho más razón, de que el astro del día no cesa de alumbrar un momento las infinitas comarcas que ella conquistara á Jesucristo. No me detendré á recordaros que Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola, y tantos otros fundadores de religiones beneméritas vieron en España la luz primera, y que en ella, por consiguiente, redunda la gloria que sus innumerables hijos se han ganado predicando el Evangelio á toda creatura. No os repetiré que en España nacieron Teresa de Jesús, Luis de Granada, Alonso Rodríguez y tantos otros místicos escritores, cuyas maravillosas producciones enajenan á los que conocemos las bellezas del divino idioma en que escri-

bieron, y que vertidas en todos los lenguajes del Universo, conducen aun á los neófitos chinos por el camino de perfección y virtudes cristianas. No me detendré tampoco á mostraros la refulgente auréola que circunda á tantos y tantos mártires y confesores que de España partieron á evangelizar el Oriente y el Occidente, el Septentrión y el Mediodía; me deslumbraría tamaño espectáculo, y tendría que permanecer mudo en vista de tanto prodigio. No haré sino bosquejaros el cuadro grandioso que ofreciera la católica nación en la época de sus mayores conquistas á Jesucristo; de sus mayores triunfos sobre el infiel.

El siglo XVI toca á la mitad de su carrera: señora del mar y de la tierra, se asienta majestuosa sobre un firme trono que nadie es capaz de conmovér. Su diestra empuña la victoriosa espada del Apóstol Santiago; con su siniestra tremola el estandarte triunfante de la Cruz. La Europa es ya un campo muy estrecho para sus gloriosas batallas, y ansía por que sus hijos surquen los mares que, merced á ella, intrépidos aventureros acaban de medir. Dos héroes se presentan á su llamada; el uno, vestido de acero, le arrebató la fulmínea espada, y á la cabeza de un puñado de impávidos guerreros, atraviesa impertérrito los mares de Occidente. Sería inútil revelar su nombre: es el más cristiano, el más caballero, el más grande de los conquistadores; es el inmortal Hernando Cortés. El otro, ceñido de humilde sotana, recibe arrodillado el sacrosanto Símbolo de nuestra Redención y se dirige valeroso hacia las remotas regiones del Oriente. Bien lo conocéis, Señores; desde que el discípulo amado de Jesús terminó su santísima carrera, no

ha visto el mundo tan insigne Apóstol; tiembla el Averno al escuchar su bendito nombre: es San Francisco Javier. Las extendidas playas del Indostan; las ciudades de Siam y de Malacca, las incontables islas del Japón, aún muestran las sacras huellas de su infatigable pié. Millares reciben el bautismo de su mano; millares de millares se convierten al cristianismo amaestrados por sus numerosos discípulos; y cien y cien monarcas vienen á posttrarse á sus plantas al frente de reinos enteros. Al fin, después de engendrar innumerables hijos á Jesucristo, espira al pisar las playas de la impenetrable China; en tanto que, gracias á sus inauditas fatigas, la semilla del Evangelio germina fructífera en el Oriente. ¡Generoso español! Tus pacíficas conquistas quizás han dado más gloria á tu patria, más honor á tí, que las que las armas efectuaran en el continente americano. En tanto que tú, descalzo y solitario recorres las comarcas del Asia, tus heroicos compatriotas triunfan en Occidente; mientras tú cumples tu misión de paz, el inmortal Cortés lleva á cabo la empresa que el cielo le confiara, y que, perdóname ¡oh incomparable Santo! aunque sangrienta, no es menos noble que la tuya. No que pretenda yo igualar los laureles del conquistador con la triunfal corona del Apóstol, ni sublimar á un héroe de la tierra á regiones que sólo es dado pisar al pequeño número que el Señor ha escogido. Pero es muy diverso el carácter de los conquistadores del Nuevo Mundo, y el de los Césares, de los Alejandro, de los Atilas. Ellos no fueron á destruir; á destrozarse; á asolar; su misión era dar pleno cumplimiento á la profecía de David:¹ *Dominará desde el un-*

¹ Ps. LXXII, v. 8.

mar hasta el otro mar; se extenderá su reino hasta los confines de la tierra: Dominabitur a mari usque ad mare; et a flumine usque ad terminos orbis terrarum. Glorifiquemos al Señor porque á tal empresa predestinó á los hijos de la católica España; demos gracias á Dios porque tan bien correspondieron á su sublime vocación. Donde quiera que plantaban su victorioso pendón, el paganismo quedaba destruido; la Religión de Jesucristo radicada, y el incruento Sacrificio sustituido á los brutales holocaustos de los moradores de aquellas regiones; y mayor era el número de los que renacían á la Fé, que el de los infelices que sucumbían en los campos de batalla. ¡Cuán diferente de las conquistas que en el siglo pasado hizo la protestante Inglaterra en las Indias Orientales, en donde su último cuidado era el destruir los templos de los ídolos, á quien aun hoy día quema el Indiano su maldecido incienso, sin que por ello se turbe la impasibilidad de sus Señores! ¡Ah! no fué así en la Nueva España; no fué así en las inmensas regiones de la América del Sur, en donde al momento se elevaron suntuosos templos, infinitos santuarios, innumerables monasterios; y cuyos pobladores, no contentos con predicar la Fé en aquellas vastas comarcas, salieron á esparcirla por el mundo. Aún está fresco en vuestra memoria el inefable regocijo que animó á esta Santa Ciudad, cuando los Pontífices del Orbe entero, reunidos en derredor del Vicario de Cristo, sublimaron al honor de los altares, entre muchos insignes españoles, al santo Protomártir de México, que derramó su sangre en el remoto Japón pocos años después que Hernan Cortés enarbolara su estandarte en el palacio de Moctezuma. ¡Ah! No me tachéis de teme-

rario, si me atrevo á declararos que los conquistadores de América fueron verdaderos apóstoles enviados por el Señor á evangelizarla: y no os asombre que apellide con tan glorioso dictado á hombres que en vez del sayal humilde del sacerdote vestían la malla del guerrero. ¿Qué mucho que en aquellos tiempos en que reinaba la barbarie mandase el Señor á sus enviados en tal guisa, si aun hoy día parece que ese continente no puede recibir la Fé sin la espada? No es que la semilla que sembró España haya cesado de fructificar y de producir ciento por uno; pero tanta es la zizaña que han arrojado allí las naciones del Norte, que ha ahogado mucha, mucha de aquella preciosa simiente; y á la que ha germinado impide que muestre sus abundantes espigas. ¡Y pluguiese al cielo que tamaño infortunio hubiese cabido sólo al Occidente! También el suelo regado con el sudor de Francisco Javier y con la sangre de muchos de sus compañeros ha sentido el influjo de su ponzoñoso aliento; y esas heréticas naciones, no sólo impiden el que nuestros misioneros propaguen y conserven cual pudieran la verdadera Religión, sino que en muchos casos han suscitado crudelísimas persecuciones contra el rebaño del Señor. ¡Holanda, Holanda! los innumerables cristianos Japoneses que perecieron inmolados, más bien que á la barbarie de aquellos tiranos, á la insaciable codicia de tus mercaderes, aún clama pidiendo venganza contra tí. Tiembla: que á tí se debe el que aquellas apartadas islas en que se vieran resucitar las maravillas de la primitiva Iglesia, estén de nuevo sumergidas en los horrores del paganismo y de la persecución.

A vosotros, ¡oh hijos de España que la Santa Ciudad alberga dentro de sus venerandos muros! á vosotros toca el contrarrestar su influencia; el restituir al Oriente la Fé que á vuestros antepasados debiera. No hablo con vosotros, dignísimos prelados de tantas beneméritas religiones, que después de haber gastado la mayor parte de vuestra vida trabajando en la viña del Señor, habéis sido llamados á gobernar el timón de la nave en que por tanto tiempo habéis navegado, y que continuamente os ocupáis en mandar mil y mil celosos misioneros á predicar el Evangelio por el mundo. ¿Qué podría hacer sino tributaros alguna débil alabanza?

Pero á vosotros, que á los ruidosos placeres de las demás metrópolis europeas habéis preferido los puros goces de esta Santa Ciudad; que habéis venido á adorar al Vicario de Jesucristo y á probarle vuestra lealtad y vuestro catolicismo; ¡oh! no puedo menos de encareceros una y mil veces el que con todas vuestras fuerzas concurráis á la propagación de aquella Fé que gratuitamente habéis recibido, y que gratuitamente habéis de comunicar á vuestros hermanos: *gratis accepistis, gratis date*.¹ No se os pide que abandonéis vuestros hogares y corráis á predicar á los gentiles; no se exige de vosotros que os presentéis á los tiranos y desafiéis á los perseguidores. Esa no es vuestra misión sobre la tierra, y lo único que en nombre del cielo os suplico, es que os desprendáis de un poco del oro que os sobra y lo depongáis á los piés del glorioso Sucesor de San Pedro, para que envíe nuevos obreros á trabajar en aquella parte de la viña del Señor; para que provea á la módica susten-

¹ Mat. VIII. 10.

tación de los que en ella sirven hace tanto tiempo sin esperanza de retribución sobre la tierra; para que él mismo pueda repeler los ataques de sus enemigos, y cumplir con su santa misión á pesar de los esfuerzos del infierno. Ya que habéis imitado á los Magos en su larga peregrinación, imitadlos también en sus dones, y presentadlos al que hace las veces del que ellos adoraron en el establo de Belén. Ese sacrosanto establo en que naciera el Verbo Encarnado; el monte en que derramara por nosotros su preciosísima sangre; el sepulcro que recibiera su bendito cuerpo, es todo presa del infiel; y las más torpes abominaciones se cometen sobre esa tierra sagrada. Ya no hay un piadoso Godofredo que conduzca sus cristianas huestes á la conquista de Jerusalén; no es ésta la época de tamañas empresas, y el humilde monje ha sustituido al valiente cruzado en la misión de combatir contra el Mahometano. Vuestras limosnas pueden aliviar la suerte, pueden prolongar la vida de esos santos misioneros cuya abnegación apenas podemos concebir. ¡Oh! no temáis prodigarlas á manos llenas; ellas podrán conquistaros no sólo el sepulcro de Cristo, sino también un trono y una corona en la celestial Jerusalén. Ellas serán las armas con que triunfaréis del Sarraceno; armas que por cierto no os sofocarán bajo su peso; armas que para llevarlas no requieren los nervudos miembros de los antiguos guerreros; armas tanto más certeras que las catapultas y arcabuces, en cuanto que no tienden á matar el cuerpo, sino á dar la vida al alma de nuestros adversarios: son, en suma, las únicas armas de que podéis servirnos en estos tiempos, en que las guerras por la Religión se han acabado; en que las cruzadas son una bella

quimera; en que no tenemos que esperar otra batalla de Lepanto, otro asedio de Orán.

¡Oh día glorioso, en que nuestras ofrendas y nuestras plegarias alcancen lo que ni siquiera aspiran á lograr los más valerosos guerreros! ¿Cuándo nos será dado saludarte? ¿Cuándo podremos regocijarnos de haber ganado la suspirada victoria? Ya que es presunción, impropia de la humildad cristiana, pretender celebrar en la tierra el anhelado triunfo, démonos, Hermanos míos, piadosa cita para celebrarlo en el cielo, donde confío encontrarnos á todos.

ASÍ SEA.

